

J. J. Justel
B. E. Solans
J. P. Vita
J. Á. Zamora
(eds.)

Las aguas primigenias

El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización

Actas del
IV Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo
(Zaragoza, 17 a 21 de Octubre de 2006)



**INSTITUTO DE ESTUDIOS ISLÁMICOS
Y DEL ORIENTE PRÓXIMO**

Centro mixto entre las Cortes de Aragón,
el Consejo Superior de Investigaciones Científicas
y la Universidad de Zaragoza

Zaragoza 2007

Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (4º. 2006. Zaragoza)

Las aguas primigenias: el Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización / ed. de Josué Javier Justel Vicente; Bárbara Eugenia Solans Gracia; Juan Pablo Vita Barra; José Ángel Zamora López. – Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2007

ISBN 978-84-95736-72-7

I. Oriente Medio – Civilización – Hasta 622 II. Oriente y Occidente III. Biblia A. T. IV. Humanidades – Proceso de Datos V. Egipto – Civilización – <...-<0332 VI. Justel Vicente, Josué Javier VII. Solans Gracia, Bárbara Eugenia VIII. Vita Barra, Juan Pablo IX. Zamora López, José Ángel X. Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo (Zaragoza)

931(5-011)

Primera edición, Noviembre de 2007

Edición

Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo

Centro Mixto entre las Cortes de Aragón, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la Universidad de Zaragoza

Editores

Josué Javier Justel Vicente, Bárbara Eugenia Solans Gracia,
Juan Pablo Vita Barra, José Ángel Zamora López

Diseño de la colección

Víctor M. Lahuerta

Maquetación

Digitalia Scripta & Enrique N. Vallespin

Impresión

ARPIrelieve

ISBN

978-84-95736-72-7

Depósito legal

© de la presente edición, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2007
C/ de los Diputados 19-21, 50004 Zaragoza www.ieiop.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Hecho e impreso en España – Unión Europea
Made and Printed in Spain – European Union

Índice General (Volúmenes I y II)

Volumen I

Presentación	9
Índice General (Volúmenes I y II).....	11

Sesión Inaugural

Marco Simón, F., <i>Ex Oriente magia: adaptación y cambios rituales en el mundo helenístico-romano</i>	17
--	----

Oriente Indoeuropeo

García Trabazo, J. V., <i>Ahhiyawafrage y cuestiones conexas. ¿Podemos extraer más datos de las fuentes hititas?</i>	43
Álvarez-Pedrosa Núñez, J. A., <i>Mensaje, iconicidad y prestigio en los sellos hititas de época imperial</i>	69
Bernabé Pajares, A., <i>La mujer en las leyes hititas</i>	85
González Salazar, J. M., <i>Sanar el cuerpo y purificar el espíritu en los rituales hititas</i>	99
Lozano Velilla, A., <i>La Liga Licia: antecedentes y modelos federales minorasiáticos</i> ..	115
Molina Valero, C., <i>Contactos griego-licio: las inscripciones bilingües</i>	127
Pelegrín Campo, J., <i>Lenguas, escrituras y poder: el caso de las acuñaciones bilingües indogriegas</i>	143

Nuevas Tecnologías

Fernández Jurado, J. – Álvarez Abellán, A. C., <i>Huelva Arqueológica y las publicaciones electrónicas de la Sección de Arqueología de la Diputación de Huelva</i>	163
Cervigón Moreno, R., AMU. <i>Analizador Morfológico Ugarítico</i>	173

Barés Gómez, C., <i>La Hermeneumática y la filosofía del lenguaje</i>	183
Siabra Fraile, J., <i>El módulo sintáctico del Ugaritic Data Bank – UDB</i>	189
Zamora López, J. Á., <i>Algunas notas técnicas sobre el Corpus Inscriptionum Phoenicarum necnon Punicarum (CIP) – Phoenician Data Base (PhDB)</i>	203

Mesopotamia

Sanmartín Ascaso, J., <i>Antes y después de Gilgamesh</i>	221
Belmonte Marín, J. A., <i>El paisaje hidrográfico del Medio Éufrates según la documentación de Hana y Emar</i>	241
Caramelo, F., <i>Las profecías en el reinado de Asurbánipal</i>	281
Gil Fuensanta, J. – Crivelli Montero, E., <i>¿Existió un “Período” Uruk en el norte de Mesopotamia? (Investigación en la zona de Biredyik-Karkemish, Éufrates turco)</i>	289
Montero Fenollós, J. L., <i>Aspectos territoriales del reino sirio-mesopotámico de Mari. Nuevas evidencias arqueológicas para la reconstrucción de la frontera septentrional</i>	311
Oliva Mompeán, J., <i>Qatna, Yamhad y el Orontes en época tardo amorrea</i>	327
Ramos dos Santos, A., <i>O sector “privado” nos archivos Babilónicos (626-339 a.C.)</i>	335
Índice del Volumen I	347

Volumen II

Índice general (Volúmenes I y II)	359
---	-----

Siria – Palestina

Molist Montaña, M., <i>Prácticas funerarias y primeras sociedades agrícolas del Próximo Oriente: caracterización y discusión como variable arqueológica de análisis</i>	365
Egea Vivancos, A., <i>Agua y religión. El santuario de Atargatis en Hierapolis (Siria)</i> ..	383
Estebaranz i Sánchez, F. – Martínez Martínez, L. M. – Anfruns Llobet, J. – Martínez Pérez-Pérez, A., <i>Estudio preliminar del esqueleto postcraneal del yacimiento neolítico de Tell Halula, Siria</i>	401
Fernández-Tresguerres Velasco, J. A., <i>La casa 77 dentro del conjunto del “Templo de las Serpientes” de Jebel al-Mutawwaq (Jordania)</i>	421

Justel Vicente, J. J., <i>El divorcio del rey Ammittamru II de Ugarit en el contexto matrimonial de Siria en el Bronce Tardío</i>	439
Moreno Resano, E., <i>El destino de los cultos tradicionales semíticos: Constantino y la destrucción de templos en Palestina, Fenicia y Cilicia</i>	457
Pardo Mata, P., <i>Historiografía de las investigaciones prehistóricas del Neolítico en el Próximo Oriente durante los siglos XX y XXI</i>	479
Torija López, A., <i>El Otro y el Pasado: etnoarqueología del Oriente Próximo</i>	497
Vidal Palomino, J., <i>Pervivencias en las formas de explotación agrícola en el Levante. Las alquerías palatinas</i>	517

Oriente en Occidente

Blázquez Martínez, J. M., <i>El agua en los santuarios fenicios de la Península Ibérica y sus prototipos mediterráneos</i>	531
Cañas Reillo, J. M., <i>Problemas de adaptación de realidades y conceptos semíticos en el mundo grecorromano: el testimonio de las traducciones de la Biblia al griego y al latín</i>	557
Carbó García, J. R., <i>De Siria al Danubio: consideraciones sobre las formas de difusión de los cultos sirios en la Dacia romana</i>	567
Celestino Pérez, C. – Salgado Carmona, J. Á., <i>Fenicios e indígenas a través del tesoro de Aliseda</i>	587
Enjuto Sánchez, B., <i>Importancia y pervivencia del mundo oriental entre la aristocracia senatorial romana del s. IV d. C.</i>	603
Escacena Carrasco, J. L., <i>El dios que resucita: claves de un mito en su primer viaje a Occidente</i>	615
Ferrer Albelda, E. – García Fernández, F. J., <i>El fenómeno de la polis en el mundo púnico occidental</i>	653
Niveau de Villedary y Mariñas, A. M. ^a , <i>Acerca de ciertos cultos semitas extremo-occidentales</i>	669

Egipto

Pérez-Accino, J. R. – Pérez Die, M. C., <i>En el principio era el río. Agua, poder y mito en el Egipto Antiguo</i>	707
Índice del Volumen II	725
Autores participantes	727

Fenicios e indígenas a través del Tesoro de Aliseda

S. Celestino Pérez – J. Á. Salgado Carmona

El “Tesoro de Aliseda” se encontró en 1920 en un pequeño altozano adeshado situado en lo que entonces eran las afueras del pueblo, a los pies de la Sierra del Aljibe, junto a un camino que daba acceso al pueblo y a los puertos que cruzan la sierra. Hoy en día el caserío ha llegado hasta esta zona sin que se hayan producido nuevos hallazgos, ni de estructuras ni de enterramientos. Así mismo, se han realizado en la zona algunas intervenciones de seguimiento de obras urbanas con resultado negativo (Rodríguez y Pavón 1999: 29).

El hallazgo se produjo la tarde del 29 de febrero de 1920, cuando un muchacho de la localidad se encontraba sacando tierra para un tejár. Sus tíos, para quienes trabajaba, se encargaron de extraer la tierra con las joyas y dárselas a una mujer para que las lavara en el río Salor, pudiéndose perder parte de ellas en este proceso.

Mélida lo relata de la siguiente forma:

“La casualidad, a la que tanto debe la Arqueología, hizo que en la tarde del 29 de febrero de 1920, al cavar con el sólo fin de extraer tierra para un tejár, en un terreno comunal de la villa de Aliseda (Cáceres). Los que explotaban el referido tejár, D. Victoriano y Jesús Rodríguez, viendo lo que había empezaron a rebuscar y llenaron dos cubos de tierra, mezclada con alhajas. Posiblemente ellos mismos por su rudeza e ignorancia las desbarataron y mezclaron con la tierra, rompieron o acabaron de romper la vasija y otros objetos, y malograron, por lo tanto, el primer dato cierto de la situación arqueológica de esas joyas que pudieron adornar el cadáver de una persona en una sepultura o ser guardadas en vasijas y enterradas como tesoro” (1922: 479).

Y añade:

“Dichos descubridores resolvieron lavar las alhajas para limpiarlas de la tierra adherida y esta operación la llevó a cabo una mujer del tejedor en el río Salor, donde seguramente se acabaron de romper algunas alhajas y de perder otras” (Mélida 1922: 479).

Tras la venta de parte de las joyas, el 10 de marzo el secretario del Ayuntamiento interpone una denuncia, incautándose la policía de una parte de las mismas. Ese mismo día, un fraile franciscano entrega otra parte del tesoro que le habían cedido en secreto de confesión.

Al día siguiente, tras leer lo ocurrido, Sanguino Michel, director del Museo de Cáceres y correspondiente de la RAH, visita la casa del relojero que había comprado parte de las joyas, así como al platero al que habían tratado de vender otra parte.

El 12 de marzo, Sanguino inspecciona los objetos incautados por la policía y los que el secretario de Aliseda entrega en el juzgado. Los días siguientes parece que se recuperan por el juzgado las diferentes partes en que se había dividido el hallazgo, siendo estudiadas por Miguel Ángel Ortí Belmonte, perteneciente a la Comisión de Monumentos de Cáceres, cuyo presidente escribe a Mélida para que acuda a ver el hallazgo.

El 14 de marzo se realiza la reunión de la Comisión de Monumentos, en la que Ortí Belmonte y Sanguino Michel exponen sus investigaciones y averiguaciones. Éstas se las apropiaría Ramón Mélida en sus posteriores publicaciones. Ortí Belmonte expone que “parte de las alhajas se encontraban dentro de la vasija de cristal de color verde, claro y limpio, cuya forma, por no haber visto más que dos pedazos no se puede precisar, pero cuya boca no era mayor de unos 48 milímetros (diámetro)” (*BRAH LXXVII: 370*), pero este punto es imposible, ya que como se comprobó más tarde, las sortijas no caben en la botella de vidrio. Esto nos da idea de la confusión de los primeros minutos, fruto de la partición del hallazgo y su examen separado. Igualmente, Sanguino “dio noticias (...) de una carta que, contestando a otra que él había dirigido al Médico de la Aliseda relativa al hallazgo del tesoro en que éste le decía que tal descubrimiento “tuvo lugar (...) en la parte superior de un pequeño cerro o altozano (...) contiguo al camino llamado Cordel y a los caminos que dan acceso al pueblo y al puerto de la sierra, junto y a lo largo de una pared subterránea, como de cimientos, formado de piedras sueltas al azar, sin argamasa o cemento de unión. Los objetos de oro no estaban juntos en vasijas sino desparramadas y mezcladas con la tierra, en uno o dos metros cuadrados de extensión” (*BRAH LXXVII: 378*). En esta misma reunión se informó también de que algunos vecinos de Aliseda seguían hallando objetos en excavaciones que se estaban realizando.

Entre finales de marzo y principios de abril, Mélida va a Cáceres a revisar los hallazgos y, el 9 de abril, da cuentas a la Real Academia de la Historia en

una sesión en la que opina que el tesoro se compone de objetos ibéricos, fenicios y cartagineses. Entre esta fecha y finales de septiembre se desarrollará el proceso judicial que acaba con la indemnización y compra por parte del Estado del tesoro, que es entregado a Mérida para que lo ingrese en el Museo Arqueológico Nacional, hecho que ocurre el 26 de septiembre de 1920.

Por lo tanto, vemos que, como ya algunos autores han señalado (Celestino y Blanco 2006: 116-121), no podemos hablar del tesoro de Aliseda como un conjunto, ya que no sabemos si se perdieron algunas piezas, si todas se recuperaron, si posteriormente se encontraron más en las remociones de tierras o si ya anteriormente se habían encontrado algunas. Una pista de esto nos la podría dar la historia que relata Publio Hurtado, presidente de la Comisión de Monumentos de Cáceres, acerca de un portugués que excavó en la zona en busca de tesoros. Así mismo, Mérida informa de que tiene una referencia personal del farmacéutico de Aliseda, en la que le comenta que “del otro lado del murete, donde estaban las piezas de oro, apareció un brasero de plata cartaginés y otro vaso análogo del mismo metal, que está en fragmentos” (1921: 20). Posteriormente, en 1929 recogerá otros informes que aseguraban que el conjunto estaba todo junto en una misma vasija (Mérida 1929: 497; Blanco 1956: 13).

También constatamos, y esto se nos antoja de la mayor importancia, que en ningún momento se hace alusión al hallazgo de huesos, urnas o cualquier otro elemento que nos indique que estamos ante un enterramiento. Sólo la presencia del juego jarro-brasero parece avalar esa funcionalidad por analogía con las tumbas de Carmona que había exhumado Bonsor años antes (Celestino y Blanco 2006: 117).

Como vemos, las informaciones que se manejan del contexto del hallazgo no proceden del interrogatorio de los primeros descubridores del tesoro, sino que Ortí Belmonte realiza sus deducciones con un estudio parcial y de piezas fragmentadas, Sanguino Michel sigue al médico de la localidad, mientras que Mérida se cartea con el farmacéutico. Son todo informaciones de segunda mano, por lo que tampoco creemos que las deducciones elaboradas en un primer momento deban utilizarse como ciertas y seguras. No obstante, hay ciertos datos, como la existencia de la pared subterránea que sí deben tenerse en cuenta, ya que es un elemento inmueble que permaneció a la vista, no como los objetos y joyas de pequeño tamaño.

Así, junto con el tesoro de El Carambolo (Camas, Sevilla) es quizás el más célebre de los conjuntos de joyería de la época orientalizante. Sin embargo, el hecho de que su hallazgo se produjera en una fecha tan temprana y, sobre todo, en tierras interiores de la península ibérica, alejado del litoral donde se desarrolló la colonización mediterránea, le ha dado una dimensión histórica que difícilmente podrá ser superada por cualquier otro hallazgo de este tipo que pueda producirse en el futuro. En el momento de su hallazgo tan sólo se

tenía la referencia de la diadema de Jávea, de extremos triangulares como la de Aliseda y también estudiada en primera instancia por Mélida. Aunque su estudio es muy exhaustivo, completándolo en 1929, la importancia del conjunto ha derivado en una profusión de trabajos sobre el total o algunas de sus piezas más significativas, donde destacan los trabajos de Ortí Belmonte, quien establece su inequívoco origen fenicio, Blanco Freijeiro, Blázquez, Almagro-Gorbea, Nicolini o Perea (Celestino y Blanco 2006: 117).

Así mismo, aunque ya en los primeros estudios se clasificó como un conjunto de “joyas fenicias”, a lo largo de los años ha sufrido numerosas interpretaciones y dataciones, así diversos autores lo han identificado también como celta, griego, ibérico e incluso de egipcio (Celestino y Blanco 2006: 119).

Por lo tanto, el Tesoro de Aliseda se convirtió rápidamente en un referente en la investigación y en la definición de horizontes cronológicos o formales, procesos o estilos, tales como el orientalizante:

Por ejemplo, el artículo de Antonio Blanco Freijeiro “Orientalia. Estudio de objetos fenicios orientalizantes en la península Ibérica” (1956) ha servido para marcar un hito en la investigación al ser considerado, junto a otros artículos publicados en el mismo volumen el punto de partida de la definición del término orientalizante.

En este escrito el autor comienza analizando los diferentes jarros de bronce aparecidos en el mediodía español como ya hiciera en otro artículo anterior (Blanco 1953), incluyendo en ambos, y a pesar de no ser bronceo, el jarro de Aliseda. Agrupa los jarros en diferentes formas y les otorga cronología, origen y paralelos. A continuación, y constituyendo la parte más voluminosa y fundamental del artículo, pasa a analizar el tesoro de Aliseda.

El estudio de las joyas se centraba en cada una de las piezas individualizadas, buscando orígenes orientales por medio de paralelos. En las conclusiones, Blanco abandona el intento de obtener “deducciones seguras de carácter histórico” y trata de acabar con la idea de que todos los productos con paralelos orientales son obra bien de fenicios, bien de cartagineses. Así mismo, otorga la paternidad de los jarros y de parte del tesoro a los fenicios peninsulares establecidos en “lo que fue el antiguo imperio tartésico” (Blanco 1956).

Por lo tanto, considera el conjunto como fenicio y destierra la componente púnica o cartaginesa, siendo algunas de las piezas importaciones orientales y otras manufacturas peninsulares.

En el resto de artículos que conforman los estudios sobre el orientalizante en el mismo volumen del Archivo Español de Arqueología encontramos alusiones a diferentes objetos de Aliseda por parte de Cuadrado y García y Bellido, casos del brasero y del jarro respectivamente.

Emeterio Cuadrado (1956) publica una revisión de los llamados “braserillos” de manos incluyendo en sus estudios el ejemplar realizado en plata de Aliseda. En sus conclusiones cree que es importado de Chipre o

fenicia por púnicos a través de Cádiz o Huelva, aunque también pudieron ser griegos desde Mainake. Éstos lo introducirían en el “mundo celta del occidente peninsular” para la realización de libaciones, lo cual no es extraño ya que solía aparecer en tumbas centroeuropeas asociado al jarro.

Sin embargo, la exclusividad en riqueza del tesoro de Aliseda y como referente casi único en la investigación no duraría muchos años: El 30 de septiembre de 1958 era hallado en Camas el tesoro de El Carambolo, y poco después le seguía el hallazgo del Cortijo de Ébora (Sanlúcar, Cádiz) en 1960.

Así mismo, en la propia Cuenca del Tajo habían ido apareciendo otros hallazgos áureos que evidenciaban que Aliseda no era un conjunto aislado carente de contexto cultural, sino que en épocas anteriores, caso del Calcolítico o la Edad del Bronce, el trabajo del oro y las técnicas de orfebrería ya estaban en el acervo tecnológico y cultural de las poblaciones ribereñas del Tajo, caso de los hallazgos del dolmen de Juan Ron (Bueno, Barrosos y Balbín 2005; Celestino y Blanco 2006: 98), el llamado Tesoro de Valdeobispo (Celestino y Blanco 2006: 114) o el más famoso de Berzocana (Callejo y Blanco 1960; Almagro 1969; Almagro Gorbea 1977: 22; Celestino y Blanco 2006: 106).

Así mismo, los hallazgos de orfebrería orientalizante se han sucedido cada cierto tiempo sin que hoy día nos resulte extraño hablar de un Taller de Orfebrería extremeño (Perea, 1991) o un Modelo de Producción de estilo Suroccidental (Blanco y Celestino 1998).

Así, contamos con los hallazgos de la arracada de Madrigalejo, publicada en 1953 por J. Ramón y Fernández Oxea, en un artículo en que describe el hallazgo, busca paralelos y finalmente concluye con una atribución cronológica y cultural: “La calidad de la técnica empleada (...) nos afirma en la creencia de que se trata de una obra indígena, probablemente céltica, con influencias púnicas en su parte más externa...” (Fernández Oxea 1953: 372).

Otro hallazgo importante es el acaecido en Serradilla, descubierto en 1965 (Almagro Gorbea 1977: 221; Celestino y Blanco 2006: 146). Está formado por veinticuatro piezas de oro de 103 gramos de peso que se encontraban muy fragmentadas. Está formado por dos arracadas circulares; dos con creciente y apéndice triangular de glóbulos formando racimo; dos con creciente más ancho y apéndice similar a las anteriores; dos cadenas; un fragmento decorado con cordoncillos; un fragmento de oro retorcido; un cilindro de oro y siete placas trapezoidales fragmentadas, una de ellas decorada con una cabeza de perfil sobre un doble prótomo de ave, las otras con motivos circulares y en forma de bellota

De más reciente aparición hay que destacar el conjunto áureo de la finca de Pajares, en Villanueva de la Vera (González Cordero, Alvarado y Blanco 1993; Blanco y Celestino 1998; Celestino 1999; Celestino y Blanco 2006: 140). Se compone de dos placas idénticas, un elemento de cinturón articulado, una chapita con rostro humano y disco y una placa con decoración zoomorfa.

Las diademas desarrollan una decoración en la que destacan los motivos en forma de piel de toro extendida, la crestería de palmetas y flores y los prótomos con una cara humana repujada. La chapa con decoración de rostro humano y disco parece que formaba parte de algún colgante. Finalmente, la placa con decoración zoomorfa pudo formar parte de un cinturón como el de Aliseda.

El último conjunto hallado corresponde al que se encontró entre las ruinas de Talavera la Vieja (Celestino y Jiménez 2004; Jiménez Ávila ed. 2006), la antigua Augustóbriga, sumergida bajo las aguas del pantano de Valdecañas, en Cáceres. Aparecieron joyas de oro y plata, elementos de bronce y hierro, junto a platos y otras vasijas cerámicas. Las joyas de oro son tres arracadas de crestería en torno a un bastidor central, un brazalete con remate esférico, un colgante con cuerpo en forma de voluta y una pequeña cuenta de collar bitroncocónica. De plata son dos arracadas muy similares a las dos de oro, un brazalete acorazonado, también igual al de oro, y un anillo decorado con nudos hercúleos, así como el engarce de un escarabeo egipcio. Los objetos de bronce son un sello rectangular que representa un león sedente con las fauces abiertas y una flor entre las patas delanteras, una pequeña punta de lanza, casi 20 brazaletes acorazonados, restos de dos o tres broches de cinturón y dos pequeñas fíbulas de doble resorte de pequeño tamaño. Así mismo, había algunos objetos de hierro, como dos charnelas, dos puntas de lanza y un regatón, un cuchillo y un lingote paralelepípedo.

Debemos destacar el que todos estos conjuntos se han interpretado como ocultaciones, excepto el realizado en Talavera la Vieja, aunque las circunstancias de su hallazgo no refuerzan su adscripción a un enterramiento. Igualmente, en la zona suroccidental de la península ibérica no conocemos grandes amortizaciones de oro en manifestaciones funerarias: ni en la necrópolis de La Joya (Huelva) (Garrido y Orta 1978; 1980), ni en los túmulos de la zona de Carmona, ni en la necrópolis de Medellín (Almagro Gorbea 1977), por citar algunos ejemplos. Sin embargo, hallazgos como el Carambolo, Lebrija o Eborá nos invitan a pensar que el uso del oro estaba relacionado con otro tipo de manifestaciones culturales alejadas del ámbito funerario.

Por otra parte, la aparición de todos estos conjuntos áureos y de otras evidencias del fenómeno orientalizante en la cuenca del Tajo, como la tumba de Casa del Carpio (Pereira y de Álvaro 1986; 1988; 1990; Pereira 1989; 2002), la de Sta. Cruz de la Sierra (Martín Bravo 1998; 1999), los hallazgos de Puente Largo de Jarama (Muñoz y Ortega, 1997), Las Herencias (Fernández-Miranda y Pereira 1992; Pereira, 2001; 2002) o el Cerro de la Mesa (Ortega y del Valle 2004) han propiciado un cambio importante en la interpretación general del registro arqueológico del occidente peninsular.

Destaca el propuesto por M. Pellicer (2000), quien, retomando las hipótesis de Frankenstein (1997), valora la importancia de la colonización fenicia en la

fachada atlántica y propone diferenciar el proceso orientalizante del occidente peninsular del generado en la zona tartésica. El análisis geográfico, tanto de las vías de comunicación como de los recursos minerales, es la base para rechazar la visión tradicional de unas influencias siguiendo el eje Sur-Norte. Así, propone una orientalización del occidente peninsular, Portugal y Extremadura, en sentido Oeste-Este, por las vías naturales de los ríos Sado, Guadiana, Tajo y Mondego; siendo el motor comercial de esta influencia la búsqueda de metales. Así, la principal aportación interpretativa de Pellicer es el haber desmontado con argumentos historiográficos las hipótesis tradicionales que otorgaban a la “Vía de la Plata” una importancia decisiva en la expansión del orientalizante.

La hipótesis de Pellicer ha calado entre diferentes investigadores, tanto españoles como portugueses. Así, A.M. Arruda y R. Vilaça (2004) proponen la vía fluvial del Tajo como eje sobre el que penetran las influencias orientales en el centro o el interior peninsular, especialmente su margen Norte.

Por su parte, Moreno Arrastio (2001) ha propuesto que, siguiendo el curso del Tajo, los fenicios se internaran fundando asentamientos permanentes a modo de emporios, probablemente en torno a santuarios y bajo la protección de poderes locales. De estos puntos habitados por gentes orientales sería de donde se tomase el código que muestran los objetos orientalizantes, ya que, para Moreno Arrastio sólo es comprensible el que los indígenas utilizaran ciertas pautas, bien de ostentación o funerarias, con una relación directa, pudiera ser que cotidiana, con gentes que las ostentan.

Volviendo al tesoro, según nuestro último trabajo (Celestino y Blanco 2006), consta de 356 piezas que componen diferentes objetos.

Los realizados en oro son: una diadema articulada, dos arracadas fusiformes con crestería de flores y pájaros, dos brazaletes, un cinturón decorado con escenas de lucha de león y hombre, un torques de extremos vueltos, cincuenta y siete piezas de collar en forma de estuches portaamuletos, estuches planos, cuentas, esferillas, un colgante fusiforme, un sello giratorio de amatista, un sello giratorio de cornalina, un sello giratorio de jaspe oscuro, dos sortijas con sello de oro, dos anillos con escarabeos de pasta vítrea, un anillo con cuatro escarabeos, un colgante con dos esferillas, ciento noventa y cuatro apliques en forma de palmeta, dos piezas de filigrana, dos cadenas de oro, cuatro esferillas, siete pasadores, fragmentos de hilo de oro y un cuenco. En 1971 se agregó una nueva pieza al conjunto, que fue publicada por Almagro Gorbea en 1977, se trataba de un extremo triangular de una pieza sin identificar, tal vez una diadema, que procedía de Aliseda ya que se entregó junto a un fragmento de una de las arracadas ya conocidas.

Otros objetos que acompañaban a los de oro son: un espejo de bronce, un “braserillo” con soporte de manos realizado en plata, fragmentos de uno o dos

recipientes de este mismo metal, tal vez una urna de perfil en “S” y restos de un vaso de vidrio con una pseudoinscripción egipcia.

Así mismo, Almagro Gorbea publicó los fragmentos cerámicos (1977: 216) que se creían perdidos (Blanco 1956: 13), y que corresponden a una urna realizada a mano con acabado escobillado e impresiones digitales bajo el borde, el borde de un cuenco de perfil en “S” con un gallón perforado verticalmente, dos asas geminadas de un probable ánfora oxidante, dos asas de “ánfora púnica”, un cuenco de pasta gris de borde engrosado al interior y un plato de cerámica gris de carena alta y borde exvasado.

Respecto a la interpretación del conjunto, primero en emitir un juicio de valor fue Miguel Ángel Ortí Belmonte, quien considera, en base a los paralelos del collar con la Dama de Elche, que se trata de objetos de uso femenino, parte importada por los fenicios a través del Tajo, y parte fabricada por los indígenas siguiendo la influencia oriental (*BRAH* LXXVII: 376). Sus teorías se expresan en las siguientes palabras:

“De todos los pueblos del mundo oriental, al que con más verosimilitud podemos considerar como importador de este tesoro es al fenicio. No existen testimonios de que este pueblo colonizara y dominaran de un modo permanente, más que la Andalucía occidental, llegando hasta el Guadiana; pero como en sus periplos llegaron hasta Galicia, no cae muy lejos del campo de lo probable que al pasar por la grandiosa bahía de Lisboa y reconocer el estuario del Tajo, lo remontaran con sus naos y caravanas, comerciando con los lusitanos, y se internaran tierra adentro, llegando, ya directa o indirectamente, a este pueblo los objetos encontrados.” (*BRAH* LXXVII: 375)

Por su parte, Ramón Mélida se basa en la existencia del muro de sillarejo y en la forma del altozano para suponer la existencia de una sepultura de construcción sencilla y cubierta con un montículo de tierra (1921: 101). Sin embargo, muestra sus dudas a que se trate de un enterramiento, aunque se decante por ello con “bastante incertidumbre”. En 1922 escribe que “no se puede precisar si se trata de un tesoro escondido, como muchos arqueológicos, o si se de los adornos de una dama en la sepultura, lo que parece verosímil por la referencia de que había una construcción de sillarejos, que pudo ser sepulcro cubierto por un montículo” (Mélida 1922: 341).

Esta interpretación se mantuvo en los años 50 del siglo XX por A. Blanco Freijeiro. En su artículo “Orientalia” tergiversa las afirmaciones de Mélida y le otorga un argumento de autoridad: “si la primera descripción del hallazgo le mereció [a Mélida] más crédito que la segunda, es lo más probable que el lugar en cuestión se tratara de una sepultura y no de un escondrijo” (1956: 13). Así mismo, trata de reforzar esta postura por medio de argumentos ya utilizados anteriormente, como el que se trate de un ajuar femenino en base a los

paralelos a la Dama de Elche, el que se encuentren apliques de un vestido, o el que el conjunto sea homogéneo técnica y cronológicamente.

Años más tarde, en 1977 Almagro Gorbea sigue esta hipótesis que considera el conjunto homogéneo, lo hace provenir de Próximo Oriente y de Cádiz y lo identifica también como un enterramiento femenino. Los argumentos para creer que se trata de un enterramiento están basados en el nuevo elemento antes no evaluado: la cerámica. Al existir cerámica gris orientalizante y aparecer ésta en los túmulos su función aquí tuvo que ser la misma. Así, considera que se trata del ajuar de un túmulo semejante a los del Bajo Guadalquivir, paralelizando el muro de sillarejo con el que aparece en Setefilla. Sin embargo, al haber indicios de falta de homogeneidad, tanto en los materiales cerámicos como en la descripción que informaba de que el “brasero” y el jarro de vidrio estaban separados del resto, se sirve de especulaciones para tratar de ver un depósito de ofrendas separado y sepulturas secundarias próximas (Almagro Gorbea, 1977: 219-221). Actualmente se conoce la existencia de cerámica gris orientalizante en otros puntos de la provincia de Cáceres, de variada tipología y en diferentes ambientes, tanto habitacionales: Sierra del Aljibe (Rodríguez y Pavón 1999), El Risco (Enríquez, Rodríguez y Pavón 2001) como funerario: Talavera la Vieja (Salgado 2006), por lo que el punto de partida de la argumentación de Almagro Gorbea está anulado. Igualmente, la identificación de objetos claramente indígenas (Perea 1991: 202; Celestino y Blanco 2006: 119) es otro punto en contra de sus hipótesis.

No obstante, estas interpretaciones han perdurado en la década de los ochenta, como demuestra el que M.E. Aubet considere que el hallazgo es el ajuar, “sin duda obra de orfebres fenicios”, de la sepultura de un jefe o príncipe indígena, llegado hasta Aliseda como don o regalo de los fenicios, o tartesios a cambio del libre tránsito por su territorio (1994: 251). Igualmente, ha servido para sustentar teorías como la defendida por M. Ruiz Gálvez (1992) y A.M. Martín Bravo (1998) acerca de la existencia de enterramientos de princesas tartésicas en el interior. También se ha incluido en recopilaciones de enterramientos de época orientalizante, como el realizado por M. Torres, quien sugiere la finalidad funeraria del monumento en base al tipo de estructura y a la concentración de material funerario (1999: 108). Así, vemos que incluso a finales de los 90 se seguía sin poner en duda el carácter funerario del hallazgo, algo que Mérida, mucho más cercano al momento del hallazgo, sí hacía.

No será hasta los trabajos de A. Perea cuando algunas de estas hipótesis se pongan en duda, especialmente el carácter femenino del conjunto. Perea no cree que el conjunto sea homogéneo desde el punto de vista técnico (1991: 203), y asevera que “sólo desde unos prejuicios actualistas” se puede afirmar la procedencia fenicia de todas las piezas (1991: 202). Respecto a la función

como ajuar funerario, afirma que es difícil que se trate de un enterramiento, ya que no se hallaron restos de huesos, pero sí piezas de muy pequeño tamaño. Así mismo, descarta que sea un ajuar exclusivamente femenino, ya que el tamaño de los anillos o del cinturón parece más adecuado al tamaño de un hombre. También, como hiciera Almagro Gorbea, argumenta que si se tratara de una sepultura estaría formada por varios enterramientos (Perea 1991: 163).

Para que la interpretación general del hallazgo de Aliseda sufriera una revisión profunda se tuvo que producir el descubrimiento de una serie de objetos y sitios arqueológicos que hicieran poner en duda unas teorías que llevan setenta años asentadas en la investigación. En primer lugar, la excavación del túmulo de Cancho Roano y la aparición en las capillas perimetrales del conjunto de jarro y “braserillo” sin asociarse a contextos funerarios (Celestino y Jiménez 1993). En segundo, el hallazgo de El Torrejón de Abajo (G^a-Hoz y Álvarez Rojas 1992) que evidenciaba la existencia de sitios arqueológicos en llano con una clara filiación orientalizante en la penillanura cacereña. Y, finalmente, el descubrimiento del conjunto áureo de Pajares y la constatación de su contexto como una ocultación en un espacio de hábitat, a la que se unía también la ocultación de numerosos “braserillos” en zonas de asentamiento (Celestino y Martín 1999).

Sin embargo, la mayor importancia del conjunto radica, tal vez, en el magnífico ejemplo que nos aporta para observar la conjunción de temas y producciones indígenas y foráneas. Hay ciertas piezas que reflejan temas orientales y que, sin embargo, fueron realizadas por manos indígenas, y aunque las piedras son de origen externo, fueron engastadas por artesanos locales para servir a su propia concepción religiosa o cosmogónica. Un ejemplo de ello, sin duda sorprendente, es la manera en que los artesanos locales han tenido que convertir, en función de sus objetivos representativos, los escarabeos de una sortija en caras humanas, delimitando la superficie a base de bandas de oro que determinan el rostro humano.

Así mismo, la atribución de este tesoro a artesanos fenicios u orientales se basaba en la presencia de los estuches de amuleto con cabeza de halcón, en los halcones y flores de loto de las arracadas, en los grifos, en las palmetas y en la escena de lucha hombre-león que se identifica con el “señor de los animales” presente en todo el Mediterráneo oriental. Además, se consideraba como prueba de la realización externa las piedras talladas de los anillos y los propios anillos giratorios.

Sin embargo, la forma de las arracadas es de tipo netamente indígena y están ornamentadas con diferentes elementos en los que se mezclan motivos tomados de las aportaciones orientales con soluciones y temas exclusivamente locales. Así, podemos apreciar cómo sobre las flores de loto, de tradición típicamente oriental, se insertan las trompetillas de carácter particularmente peninsular. Un artesano extranjero que no conoce el tema de las trompetillas

no puede haber creado este modelo, que además apoya el nacimiento de las flores de loto en otro de los motivos recurrentes de la joyería indígena. Las flores de loto tienen ya una concepción formal que tiende hacia su identificación con el prótomo, y no son de factura ni de estilo oriental. Todo, en fin, denuncia en ellas una realización indígena en la que el joyero ha intentado, y conseguido, una obra de arte interpretando y adaptando temas decorativos exteriores a la finalidad artística y simbólica de las arracadas.

En el cinturón de Aliseda, sin embargo, nos hallamos ante un único animal, y la manera de tratar las figuras dista mucho de las representaciones conocidas en Oriente. Nos hallamos, pues, ante un esquematismo típicamente peninsular que podemos reconocer en otros conjuntos como Serradilla y Segura de León.

Así mismo, los estuches rematados con cabezas de halcón están, seguramente, inspirados en importaciones por ofrecer un claro tema egipcio, pero al lado aparecen los colgantes con media luna y apéndice en U. En contra de lo que se ha argumentado, no se trata de una deficiencia técnica de los orfebres indígenas en la interpretación del creciente lunar, sino de una reinterpretación de este motivo ajustándolo probablemente a un motivo vegetal de carácter religioso que, además, encontramos abundantemente en otras piezas de la misma época y zona geográfica.

Podríamos concluir, pues, que los objetos más significativos del conjunto han tratado los temas de origen oriental de un particular modo y forma para así adaptarlos a las concepciones indígenas, las únicas comprensibles para el espectador de la zona. Por lo tanto, parece ganar peso la hipótesis de que estas joyas fueron confeccionadas por orfebres locales que han sabido aprovechar las nuevas técnicas procedentes de los colonos mediterráneos, además de haber sabido reinterpretar unos temas ajenos por completo a su tradición.

Respecto a la cronología, la falta de un contexto claro ha impuesto que se date por medio de paralelos formales, ya que tampoco la cerámica permitía una precisión cronológica aceptable. Blanco Freijeiro, al igual que antes Mélida, dató el conjunto en torno al siglo VI, fecha que fue elevada hasta el tercer tercio del siglo VI por Blázquez y que fue asumida por Almagro-Gorbea en su trabajo de 1977. Mucho más flexible se muestra Nicolini, quien sitúa el conjunto en el que denomina Primer Arcaísmo, abriendo una horquilla cronológica para Aliseda entre el 700 y el 560 a.n.e. Pero parece que las consideraciones de Perea sobre la existencia de joyas de diferentes cronologías, donde se mezclan joyas orientales más antiguas con técnicas indígenas, caso de la diadema, con otras más modernas, tienen mayores visos de credibilidad, abriéndose así un periodo de tiempo para el conjunto que abarcaría los últimos años del siglo VII y los inicios del VI a.n.e.

Por todo ello, deducimos que el conjunto debió formar parte del acervo ritual de un centro religioso indígena y que su ocultación fue consecuencia bien de un acto o rito de amortización o de protección de elementos sacros ante

la presencia de una circunstancia constrictiva que amenazaba su seguridad, o bien que se tratara del *tesauros* de la comunidad. Lamentablemente, el lugar donde fueron descubiertas las piezas ha sido urbanizado, y excavaciones de urgencia llevadas a cabo en su entorno no han aportado datos clarificadores sobre la posible estructura arquitectónica que la albergaba.

Bibliografía

- Almagro Basch, M. (1969) Almagro Basch, M., “De orfebrería céltica: el depósito de Berzocana y un brazalete del Museo Arqueológico Nacional”, *Trabajos de Prehistoria*, 26: 275-286.
- Almagro Gorbea, M. (1977) Almagro Gorbea, M., *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Biblioteca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- Arruda, A. M. y Vilaça, R. (2004) Arruda, A. M. y Vilaça, R., “Ao longo do Tejo, do Bronze ao Ferro”, *Conímbriga*, XLIII: 11-45.
- Aubet Semmler, M. E. (1994) Aubet Semmler, M. E., *Tiro y las colonias fenicias de occidente. Edición ampliada y puesta al día*, Crítica, Barcelona.
- Blanco Freijeiro, A. (1953) Blanco Freijeiro, A., El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía español, *Archivo Español de Arqueología*, XXVI: 235-244.
- Blanco Fernández, J. L. y Celestino Pérez, S. (1998) Blanco Fernández, J. L. y Celestino Pérez, S., “La joyería orientalizante peninsular. Diversidad y particularidades a la luz de los últimos hallazgos”, *Complutum*, 9: 61-83.
- Blanco Freijeiro, A. (1956) Blanco Freijeiro, A., Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península, *Archivo Español de Arqueología*, XXIX: 3-31.
- Bueno, P.; Balbín, R; Barroso, R.; Aldecoa, A. y Belén, A. (2002) Bueno, P.; Balbín, R; Barroso, R.; Aldecoa, A. y Belén, A., “Dólmenes en Alcántara (Cáceres). Un proyecto de consolidación e información arqueológica en las comarcas extremeñas del Tajo. Balance de las campañas de 1997 y 1998”, *Extremadura Arqueológica*, VIII: 129-168.
- Casado Rigalt, D. (2006) Casado Rigalt, D., “José Ramón Mérida, principal impulsor de la arqueología extremeña en el primer cuarto del siglo XX”, *Revista de Estudios Extremeños*, 62-1: 11-84.
- Callejo, C. y Blanco, A. (1960) Callejo, C. y Blanco, A., “Los torques de oro de Berzocana (Cáceres)”, *Zephyrus*, 11: 250-255.
- Celestino Pérez, S. (1995) Celestino Pérez, S., “El Periodo Orientalizante en Extremadura”, *Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos arqueológicos*, *Extremadura Arqueológica*, IV: 67-91.
- Celestino Pérez, S. (Ed.) (1999) Celestino Pérez, S., *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. I. La Necrópolis y el Tesoro Áureo*, Memorias de Arqueología de Extremadura, 3, Mérida.

- Celestino Pérez, S. y Blanco Fernández, J. L. (2006)
Celestino Pérez, S. y Blanco Fernández, J. L., *Orfebrería extremeña en la Prehistoria: el espejo de los dioses*, Serie Ataecina, Asamblea de Extremadura.
- Celestino, S. y Jiménez Ávila, J. (2004)
Celestino, S. y Jiménez Ávila, J., “El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres. Estudio preliminar”, *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XXXII: 197-208).
- Celestino Pérez, S. y Martín Bañón, A. (1999)
Celestino Pérez, S. y Martín Bañón, A., “Las relaciones culturales entre Cogotas y el mediodía peninsular: El Yacimiento de pajares (Villanueva de la Vera)”, *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora-Alcalá de Henares: Vol. III 357-363.
- Comisión De Monumentos Históricos Y Artísticos De La Provincia De Cáceres (1920)
“Acta de la sesión celebrada por la Comisión de Monumentos de Cáceres el día 14 de Marzo de 1920”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXVII: 365-379.
- Cuadrado Díaz, E. (1956):
Cuadrado Díaz, E., Los recipientes rituales metálicos llamados “Braserillos púnicos”, *Archivo Español de Arqueología*, XXIX, nº 93 y 94: 32-84.
- Enríquez, J.; Rodríguez Díaz, A. y Pavón, I. (2001)
Enríquez, J.; Rodríguez Díaz, A. y Pavón, I., *El Risco. Excavación de Urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres), 1991 y 1993*, Memorias de Arqueología Extremeña, 4. Mérida
- Fernández-Miranda, M. y Pereira Sieso, J. (1992)
Fernández-Miranda, M. y Pereira Sieso, J., “Indigenismo y orientalización en la Tierra De Talavera”, *Actas De Las I Jornadas De Arqueología De Talavera Y Sus Tierras*, Diputación de Toledo. 57-94.
- Fernández Oxea, J. R. (1953)
Fernández Oxea, J. R., “La arracada de Madrigalejo, Cáceres.”, *Zephyrus*, IV: 369-373.
- Frankenstein, S. (1997)
Frankenstein, S., *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el Suroeste de Alemania*, Crítica, Barcelona
- García Hoz Rosales, M. C. y Álvarez Rojas, A. (1992)
García Hoz Rosales, M.C. y Álvarez Rojas, A., “El Torrejón de Abajo Cáceres”, *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, *Extremadura Arqueológica*, 2:199-210
- González Cordero, A., Alvarado Gonzalo, M. y Blanco Fernández, J. L. (1993)
González Cordero, A., Alvarado Gonzalo, M. y Blanco Fernández, J. L., “Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera, (Cáceres).” *Trabajos de Prehistoria*, 50: 249-262.
- Jiménez Ávila, J. (Ed.)
Jiménez Ávila, J., *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*, Memorias nº 5, Museo de Cáceres, Instituto de Arqueología de Mérida, Cáceres.
- Martín Bravo, A. M. (1998)
Martín Bravo, A. M., “Evidencias de comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del tajo”, *Archivo Español de Arqueología*, 71: 37-52.
- Martín Bravo, A. M. (1999)
Martín Bravo, A. M., *Los orígenes de la Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Biblioteca Archaeologica Hispana, 2, Madrid.

- Mélida Alinari, J. R. (1920) Mélida Alinari, J. R., "El Tesoro de Aliseda", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXVI: 479-480.
- Mélida Alinari, J. R. (1921a) Mélida Alinari, J. R., *Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las Joyas que lo componen*, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- Mélida Alinari, J. R. (1921b) Mélida Alinari, J. R., "Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las Joyas que lo componen", *Boletín de la Sociedad de Excursiones*, XXIX.
- Mélida Alinari, J. R. (1922) Mélida Alinari, J. R., "Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1920: notas descriptivas.", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Tercera época, XLIII, Madrid.
- Moreno Arrastio, F. J. (2001) Moreno Arrastio, F. J., "Sobre variables ocultas en la Edad del Hierro de la Meseta", *Actas del II Congreso de Arqueología de Toledo. La Mancha occidental y la Mesa de Ocaña*: Vol. I.
- Muñoz, K. Y Ortega, J. (1997) Muñoz, K. Y Ortega, J., "Elementos de inspiración orientalizante en la cuenca media del río Tajo: el yacimiento de "Puente Largo de Jarama" (Aranjuez, Madrid)". *Spal*, 6: 141-167.
- Nicolini, G. (1991) Nicolini, G., *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VIIe au IV siècle*. Condé-sur-Noireau.
- Ortega Blanco, J. y Del Valle Gutiérrez, M. (2004) Ortega Blanco, J. y Del Valle Gutiérrez, M., "El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): primeros resultados", *Trabajos de Prehistoria*, 61-1: 175-185.
- Pellicer Catalán, M. (2000) Pellicer Catalán, M., "El proceso orientalizante en el Occidente Ibérico", *Huelva Arqueológica*, 16: 89-134.
- Perea Caveda, A. (1991) Perea Caveda, A., *Orfebrería perromana. Arqueología del oro*. Madrid: Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid y Caja de Madrid.
- Pereira Sieso, J. (1989) Pereira Sieso, J., "Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvis de la Jara)", *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell: 395-409.
- Pereira Sieso, J. (1990) Pereira Sieso, J., "Presencia de elementos orientalizantes en el sector occidental de la Carpetania", *Toledo y la Carpetania en la Edad Antigua*: 39-54.
- Pereira Sieso, J. (1994) Pereira Sieso, J., "La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur", *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio; 1990*, Toledo: 37-85.
- Pereira Sieso, J. (2001) Pereira Sieso, J., "Primeras noticias sobre la toréutica orientalizante en la Península Ibérica. El informe de Jiménez de la Llave.", *Complutum*, 12:345-354.
- Pereira Sieso, J. (2002) Pereira Sieso, J., "Interacción en el registro funerario del territorio septentrional tartésico.", en Molinos Y Zifferero (Eds.): *Primeros pueblos de Europa. Propuestas y reflexiones sobre los orígenes de la civilización y de la Europa mediterránea*, Palermo-Baeza: 249-263.
- Pereira Sieso, J. (2005) Pereira Sieso, J., "Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del Periodo Orientalizante", *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XXXV: 167-188.
- Pereira, J. y Álvaro, E. de (1986) Pereira, J. y Álvaro, E. de, "Aportes orientalizantes en el valle del Tajo. Una tumba de transición Bronce-Hierro: El Carpio (Belvis de la Jara)", *Revista de Arqueología*, 62.

- Pereira, J. y Álvaro, E. de (1988) Pereira, J. y Álvaro, E. de, “Una tumba de transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)”, *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*: Tomo III, 279-289.
- Pereira, J. y Álvaro, E. de (1990) Pereira, J. y Álvaro, E. de, “El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvis de la Jara (Toledo)”, *Actas del Primer Congreso de Arqueología de Toledo*: 215-234.
- Rodríguez Díaz, A. y Pavón Soldevila, I. (1999) Rodríguez Díaz, A. y Pavón Soldevila, I., *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres), Campaña de 1995*, Mérida-Aliseda.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. L. (1992) Ruiz-Gálvez Priego, M. L., “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica”, *Spal*, 1: 219-252.
- Salgado Carmona, J. A. Salgado Carmona, J. A., “Las Cerámicas” en Jiménez Ávila, J.J. (Ed.): *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*, Memorias nº 5, Museo de Cáceres, Instituto de Arqueología de Mérida: 131-154.
- Torres Ortiz, M. (1999) Torres Ortiz, M., *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, Madrid: Real Academia de la Historia.
- Torres Ortíz, M. (2002) Torres Ortiz, M., *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, Madrid: Real Academia de la Historia.